

Liberalismo:

defendiendo iguales libertades para todos

¿Qué es el liberalismo?

Ha llegado el momento de que miremos hacia atrás en este capítulo. Notaremos que compartimos la creencia en una igual libertad para todos los seres humanos, y que esta creencia subyace tras los fuertes desacuerdos que examinamos. Imaginemos el actual conflicto respecto al uso de *Las aventuras de Huckleberry Finn* en clase hace 150 años, cuando la mayoría de la población blanca de los Estados Unidos consideraba a los negros como una raza inferior. Quizá habría habido amenazas o violencia real. Pero hoy no es así. El debate sobre las lecturas que se indican en los cursos de Enseñanza secundaria se lleva a cabo en un contexto de igual libertad para todos. Por más incómodas e irritantes que nos resulten, las quejas de los padres negros son tomadas en cuenta y debatidas. La discusión solo podía llegar a ser tan encendida y complicada, como ahora es, debido a que las reivindicaciones de los negros y las mujeres hoy están siendo escuchadas.

Este compromiso con una igual libertad para todos es el centro de la filosofía política liberal. Las instituciones políticas liberales “hacen justicia a la importancia igual de todas las personas”. Debido a que todos somos iguales en importancia, en tanto personas, todos tenemos derecho a igual libertad. Esta creencia tiene una larga historia. Todo el mundo está familiarizado con las primeras frases de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, escritas por Thomas Jefferson, donde se afirma que “todos los hombres son creados iguales”. “Libertad, igualdad y fraternidad” fueron consignas famosas de la Revolución francesa, a fines del siglo XVIII. Hoy nuestros niños recitan en la escuela el Juramento a la Bandera, que promete “libertad y justicia para todos”.

Esto puede ser para nosotros, según el lenguaje del propio Jefferson, una “verdad evidente”, pero no siempre fue así. El filósofo griego Aristóteles comienza su discusión de la política distinguiendo tres grados de humanidad: hombres, mujeres y esclavos. Los esclavos están capacitados para realizar trabajos serviles en el campo o para producir herramientas, ropa, pan y vino en diferentes talleres. Los amos son aptos para ocuparse de “la filosofía o la política” y, por supuesto, para dar órdenes a los esclavos y a las mujeres: “El hombre es por naturaleza superior y la mujer inferior; y uno gobierna y la otra

es gobernada". El maestro de Aristóteles, Platón, estaba igualmente convencido de que la desigualdad humana es un hecho. Algunos hombres eran mejores, más talentosos y más merecedores de libertad y de bienes terrenales que otros. A lo largo de la Edad Media y hasta el siglo XVI, en Gran Bretaña, la desigualdad humana se daba por sentada. Los seres humanos eran desiguales; tenían derecho a diferentes grados de libertad y a vidas diferentes. Una imagen familiar en la Antigüedad y la Edad Media comparaba la sociedad al cuerpo humano. Las personas que gobernaban al Estado y a todos sus súbditos eran como el cerebro; las personas que hacían el trabajo sucio eran comparables, quizás, con los intestinos. Todos formaban parte de una totalidad orgánica; todos dependían de la cooperación de las demás partes del cuerpo o de las otras capas de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, todos tenían que hacer su específico trabajo. Para algunos ese trabajo era gobernar y mandar a los demás; para otros, su trabajo específico requería que obedecieran. Para algunos esto significaba vivir una vida rica y ociosa, dedicados a la literatura y el arte, así como a las nobles artes de la guerra. Para otros significaba una vida pobre, monótona y de pesados trabajos bajo el comando de otros.

Los principios políticos liberales, que afirman que todos los seres humanos tienen derecho a igual libertad, lentamente han ido ganando predominio en el mundo Occidental desde el siglo XVI. Es obvio que han sido más honrados de palabra que respetados, más frecuentemente violados o descuidados que obedecidos, pero tienen una poderosa influencia en la imaginación. Los excluidos, aquellos a los que se les negaba la libertad y a los que se trataba desigualmente, apelaban a esos mismos principios y, de esa manera, ganaban autoridad moral. En el mundo de los griegos la esclavitud era algo dado. No necesitaba justificación. En el mundo moderno, por lo menos, se necesitaban argumentos para justificar esa institución y el hecho de privar a seres humanos de la libertad. La creencia en una igual libertad para todos constituía el fondo y había que demostrar por qué no se aplicaba a los esclavos y las mujeres. El liberalismo, la defensa de la máxima libertad para todos, está profundamente arraigado en la vida política de EE.UU. Los principios políticos liberales son centrales en esa cultura.

Antes de poder ponernos a discutir esa tradición necesitamos advertir que, en años recientes, en los Estados Unidos de América la palabra *liberal* ha pasado a ser empleada como término de crítica entre personas que compiten por cargos electivos. Llamar a alguien liberal suele decirse y ser recibido como un insulto. Los candidatos políticos conservadores que condenan a sus adversarios como liberales los acusan de cometer una gran cantidad de errores políticos y administrativos, tales como gastar recursos públicos de manera irresponsable o

ser excesivamente permisivos, por ejemplo, con los homosexuales o los criminales. Los liberales, en este sentido crítico, son retratados como indiferentes respecto de los valores religiosos y morales tradicionales, inclinados a subestimar la importancia de los casamientos de parejas heterosexuales para el bienestar de la nación. Los conservadores acusan a las personas que llaman liberales de expandir cada vez más el poder del gobierno y de despreciar la libertad individual por que quieren regular todo. En particular, a los llamados liberales se los cree hostiles a la empresa privada y contrarios a la inventiva de esas empresas.

En teoría política la palabra *liberalismo* tiene un uso bastante diferente. Representa los siguientes principios: creer en la importancia de la libertad individual, creer que todos los ciudadanos (y quizás todos los seres humanos) no solo tienen derecho a la libertad, sino que tienen derecho a *iguales* libertades. Con este punto de partida los liberales tienden a dividirse en dos tipos diferentes.

En el siglo XIX estuvieron principalmente interesados en la libertad económica. Creían en el libre cambio y se oponían a las restricciones comerciales entre los países. Del mismo modo, pensaban que era beneficioso e importante dar rienda suelta, dentro de cada país, a las actividades adquisitivas de los individuos.

Este tipo de liberalismo, que abrocha su esperanza a la irrestricta actividad económica capitalista, sufrió un serio revés en la depresión mundial de los años 1930. El increíble sufrimiento producido por el desempleo generalizado durante esos años llevó a los liberales a pensar en la libertad no solo como libertad económica para las empresas, sino también como una seguridad mínima para los individuos y sus familias. En esa situación el presidente Franklin Delano Roosevelt proclamó sus “cuatro libertades” (que se discutirán plenamente más adelante), de las cuales fue una “la libertad ante las privaciones o la miseria”. El liberalismo se transformó en una doctrina que no solo insistía en la importancia central de la libertad, sino que insistía en que tenemos que ser igualmente libres, en la medida que nadie debe sufrir por la pobreza, la enfermedad y los trastornos sociales en un grado mucho mayor que el resto.

La consecuencia de esto ha sido que el gobierno asuma un papel importante para asegurar que la economía capitalista tenga una supervisión adecuada, que le permita evitar otra depresión mundial de la escala de aquella de la década de 1930.

El liberalismo moderno comienza con el filósofo inglés John Locke, que argumentó en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil* (1689) por una forma democrática de gobierno. Su exposición se inicia con la aseveración de que los

seres humanos son libres e iguales “por naturaleza”, una opinión de la que se hace eco la Declaración de Independencia que redacta Jefferson, con su afirmación de que todos los seres humanos recibieron de Dios los derechos “a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. Esas ideas liberales se repiten en los escritos del filósofo ginebrino Jean-Jacques Rousseau, cuyo *Contrato social*, publicado en 1762, comienza con la frase: “Los hombres nacieron libres y en todas partes están encadenados”. Rousseau pensaba que la libertad, aunque indudablemente era un derecho de todo ser humano, había sido suprimida en muchas sociedades. Y argumentaba, también, a favor de una forma democrática de gobierno que permita a todos la libertad a la que tienen derecho por naturaleza. El siguiente siglo verá el desarrollo de una filosofía política liberal en el libro de Mill *Sobre la libertad* (1859). Encontramos aquí la misma idea: todos los adultos tienen derecho a igual libertad y ella solo puede ser limitada cuando interfiera con la de los demás.

El liberalismo es en la actualidad el sistema dominante en filosofía política. Desde que John Rawls publicó su *Teoría de la justicia* (en 1971), un gran cuerpo de obras ha sido producido por filósofos que tratan de persuadirnos que una buena sociedad debe garantizar amplias libertades para todos los ciudadanos. En sus listas de libertades están todas aquellas que nos son familiares por la Constitución y la Declaración de derechos.

Pero un tipo de libertad juega un papel más importante, en la mayoría de las teorías políticas liberales, de lo que lo hace en la Constitución de los EE.UU. y esa es la libertad para dar forma a la propia vida como uno quiera. El centro del liberalismo político contemporáneo es la afirmación de que toda persona debe ser capaz de elegir su modo de vida y que se le permitirá seguir esa elección.

Cuando Locke discute acerca de la democracia se pregunta a sí mismo cómo será posible asegurarse que los parlamentarios electos representen fielmente los intereses de quienes los eligen. Su respuesta señala que esos representantes, cuando regresan a sus vidas privadas, estarán sujetos a las leyes que aprobaron cuando estaban en el gobierno. Por tanto, les interesará evitar la aprobación de leyes que serán onerosas para ellos una vez que regresen a la vida privada. Así, al consultar su propio interés en la actividad legislativa representarían fielmente a sus electores.

Es evidente que este argumento solo sería persuasivo si los representantes fueran el mismo tipo de personas, y vivieran vidas similares, a las de sus conciudadanos electores. Esto es, tiene sentido en una sociedad bastante homogénea en la que la mayoría de los ciudadanos viven vidas parecidas a las de los demás, bajo condiciones equiparables, con metas similares y de acuerdo a

los mismos valores. Eso puede haber sido cierto en la Inglaterra del siglo XVII, cuando el derecho de votar solo lo tenía un pequeño número de grandes terratenientes. Pero no es cierto ahora. La gente hoy en día lleva vidas diferentes, tiene objetivos diferentes, tiene diferentes concepciones de lo que es más importante en el mundo y acerca de cómo se debe vivir en el día a día.

La insistencia de los liberales contemporáneos en que la libertad fundamental para todos nosotros es la libertad de vivir la vida tal cual la elegimos, refleja la gran diversidad de formas de vida en el mundo actual. El pluralismo es un hecho central de nuestro mundo y los liberales insisten que debe ser respetado en las vidas diferentes de todos nosotros.

Comunitarismo

Central para el liberalismo es esta idea de que cada uno de nosotros es capaz de elegir la mejor manera de vivir, es decir, cómo dar forma a nuestra vida con el fin de aprovecharla al máximo. Dada esta capacidad, insiste el liberalismo, debemos ser capaces de ejercerla libremente y no debe impedirse a nadie la elección de la mejor vida para sí mismo. Todo el mundo debería tener la misma libertad para tomar esa decisión. El principio normativo del liberalismo es que debemos ser capaces de elegir cómo vivir e implica una presuposición sobre la naturaleza humana: que todos somos, en los hechos, capaces de tomar esas decisiones. Pero no todos los filósofos están convencidos de que esta afirmación sea correcta.

Los comunitaristas insisten en que el liberalismo exagera el alcance de la autonomía individual, es decir, que los valores con los que vivimos no son elegidos por cada uno de nosotros en forma individual sino que, por el contrario, se originan a partir de valores compartidos en nuestras comunidades.

Esta crítica apunta a un hecho conocido: que nuestros valores están profundamente afectados por la educación recibida y por los valores de quienes nos rodean, por miembros de la familia, amigos, maestros, sacerdotes, políticos y otros. Los hijos de los republicanos tienden a votar por los republicanos cuando crecen, los hijos de católicos tienen más probabilidades de continuar teniendo esa fe católica cuando sean adultos. Pocos hijos de generales se vuelven pacifistas, no muchos jóvenes criados en ambientes urbanos terminan sus vidas cultivando hortalizas u ordeñando vacas. Es engañoso hablar de valores, morales y de otro tipo, como de algo libremente elegido cuando, en realidad, adquirimos muchos de nuestros valores más caros en nuestra infancia y de los adultos que nos ayudan a crecer. En grado considerable nuestros valores para nada son elegidos sino que nos son transmitidos por nuestras

familias, y un entorno social más amplio, en el curso de nuestro crecimiento y educación.

La autonomía, de hecho, insisten los comunitaristas, es limitada y no es siquiera un rasgo deseable. Lo que elijo lo puedo después rechazar. Puedo cambiar mi vida y renunciar a una vida que adoptara anteriormente. Puedo decir que me equivoqué cuando elegí una determinada forma de vida o ciertos valores. A los valores o formas de vida elegidas les falta seriedad y el peso propio de los valores profundamente arraigados. Los valores morales, o acerca de lo que realmente importa en la vida humana, no son tan fácilmente desechables. Comparto esos valores con mi comunidad, tienen una fuerza impersonal que no puedo alterar a voluntad. La doctrina liberal de la autonomía individual no hace justicia a la fuerza de los valores propios, al peso que tienen para cada uno de nosotros, que se manifiesta, por ejemplo, en la carga de culpa que experimentamos cuando los violamos. Los valores que elijo autónomamente no necesitan hacerme sentir culpable cuando los ignoro pues siempre puedo, simplemente, cambiar de opinión. Los valores de la comunidad no se abandonan tan fácilmente.

Los liberales rechazan estas críticas.

¿Es válido el liberalismo?

La teoría liberal se enfrenta a dos grandes retos: el primero es respaldar la afirmación de que todos los seres humanos tienen derecho a igual libertad. Después de todo, la mayoría de la humanidad, en los últimos diez mil años, ha estado de acuerdo en que los hombres son superiores a las mujeres y que la esclavitud es una institución perfectamente justificada. En el Occidente los hombres superiores eran blancos, en otros lugares griegos, chinos o kikuyos en vez de ibos. La supremacía masculina en conjunción con la xenofobia ha dominado, y sigue haciéndolo, en la mayor parte del mundo. La xenofobia no es, sin duda, desconocida en los Estados Unidos. El número de grupos que en ese país piden el fin de toda inmigración ha aumentado considerablemente en los últimos años. Si, por el contrario, continuamos afirmando que todos los seres humanos adultos tienen un derecho legítimo a igual libertad, tenemos que apoyar esta opinión de alguna forma. Tenemos que demostrar que se trata de algo más que un prejuicio irracional.

A los teóricos liberales no les ha ido bien con ese desafío. En el siglo XVIII, simplemente, afirmaron que Dios había dotado a todos con iguales derechos a

la libertad. Pero, ¿cómo sabían eso Locke o Jefferson? No hay ningún lugar en la Biblia donde Dios, los profetas o Jesús decreten la libertad igualitaria. Jesús habló mucho sobre tratar bien a los pobres y también sobre el amor y la ayuda al prójimo. Trataba a algunas mujeres con gran respeto, pero en ninguna parte nos dice que todos los seres humanos deben ser igualmente libres. No está claro de dónde viene la creencia del siglo XVIII en el respaldo divino a los principios liberales. En nuestros días, algunos teóricos liberales nos dicen que si consultamos a todo el mundo, en condiciones adecuadas, todos estarían de acuerdo en los principios liberales. Así, Rawls imagina una situación en la que todos los seres humanos ignoran sus intereses personales y, por lo tanto, son capaces de pensar el mundo desde un punto de vista objetivo e imparcial. En esa situación, afirma, todos estaríamos de acuerdo en una versión de los principios políticos liberales. Todos estarán de acuerdo en que toda persona tiene derecho a igual libertad. Martha Nussbaum encuentra un similar acuerdo entre seres humanos reales con respecto a su formulación particular de los principios liberales.

Ambas justificaciones del liberalismo asumen lo que deberían probar. Si se consulta la opinión de todos y se está dispuesto a dar el mismo peso a la opinión de todos, ya se ha asumido que los seres humanos son, en algún sentido fundamental, iguales. Pero se suponía que esta igualdad tenía que ser probada, no presupuesta en aras de la argumentación. Los teóricos liberales de hoy en día no están en mejor posición, con respecto a la validez de los principios liberales, que sus antepasados en los siglos XVII y XVIII.

¿Qué significan los principios liberales?

El liberalismo defiende la libertad igual para todos los seres humanos adultos, pero esa, por supuesto, es una declaración terriblemente vaga. El segundo desafío que enfrenta el liberalismo consiste en especificar en qué consiste esta igualdad. Jefferson era propietario de esclavos y Locke se benefició de su trata. Una vez que nos fijamos en los detalles del *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, la democracia que Locke defiende resulta excluir a esclavos, mujeres y trabajadores asalariados de la participación política. Su concepción de la igualdad dada por Dios es claramente muy diferente a la nuestra actual.

Pero también los teóricos contemporáneos piensan acerca de la igualdad en términos diferentes. Algunos teóricos liberales defienden una versión de la igualdad propia del *New Deal*, en la que el gobierno no solo tiene la obligación de no excluir a nadie, a través de la legislación, de la participación política y de

la vida económica de la nación, sino que además tiene la obligación positiva de velar por que todas las personas tengan un estándar mínimo de vida buena.

Otros teóricos, que también creen que todos los seres humanos adultos tienen igualdad de derechos, concluyen de esa premisa que las enormes diferencias de riqueza en una sociedad son legítimas en la medida en que beneficien a aquellos que están peor. Y aún otros creen que los esfuerzos del gobierno para aliviar el sufrimiento de los pobres no sólo violan la igual libertad de todos los seres humanos, sino que también son, en la práctica, contraproducentes.

La misma premisa aparentemente arroja conclusiones opuestas.

Discusiones

¿Qué se entiende por “libertad igual para todos”?

A veces decimos que las preocupaciones de ningún ser humano deberían ser ridiculizadas o ignoradas debido a su raza o sexo. Pero ¿la opinión de todos cuenta en un debate público, independientemente del nivel de educación, la inteligencia o la experiencia del hablante? ¿Debería el estúpido, el ignorante, el supersticioso o irracional tener la misma libertad para participar en los debates políticos que el racional, inteligente y bien educado? Justifica tu respuesta.

Interpretar la exigencia de “igual libertad para todos” como el respeto debido a las diferentes formas de vida, no significa, por supuesto, que los asesinos o violadores deban ser respetados en sus elecciones de vida. Sin embargo, algunas personas trabajan duro para mantener a sus familias, son útiles a sus amigos y vecinos, y tienen un interés activo en los asuntos de su comunidad. ¿Trataremos con el mismo respeto a estas personas que a aquellos que pasan su tiempo borrachos, descuidan a sus hijos, tiran basura en la calle y suelen ser groseros con sus vecinos?

¿Debemos respetar a los padres que, por razones religiosas, se niegan a que sus hijos sean vacunados o que se les permita recibir transfusiones de sangre que salvarían sus vidas? ¿Qué diferencias en las formas de vida merecen nuestro respeto? Justifica tu respuesta.

Muchas personas tienen opiniones contradictorias sobre sus valores. Dicen, por un lado, que todos más o menos eligen sus valores, pero también creen que los valores propios están determinados, en gran medida, por la propia familia y el entorno social. ¿Cuál de estas dos creencias inconsistentes es más probable que sea cierta? Justifica tu respuesta.

No todo el mundo está de acuerdo en que los hombres y las mujeres tienen derecho a una igual libertad. Considera la siguiente declaración:

¿Qué significa ser una sola carne? Varias veces, en el Nuevo Testamento, este término se menciona en referencia a un esposo y una esposa y, cada vez, se habla de dos que se hacen uno... dos individuos... hombre y mujer... haciéndose uno. Cuando los dos se hacen uno hay solo una cabeza... el

marido. Efesios 5:23 – “Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia...” Por lo tanto, no estamos hablando de un monstruo de dos cabezas. Debido a que el marido va a ser la cabeza del hogar, el papel de la mujer en el hogar es estar sometida a su marido. Efesios 5:22 – “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como ante el Señor”. Estar en sumisión significa “ceder, renunciar o rendirse ante el poder, la voluntad o autoridad de otro”. Permítanme añadir aquí, esto no es solo un acto externo. La verdadera sumisión viene de dentro del corazón. Es bastante fácil someterse en lo exterior y rebelarse todo el tiempo en el interior. Si usted está tratando de vivir así, le garantizo que va a estar sometida a agitación constante. La verdadera paz sólo viene cuando reconocemos el papel dado por Dios a nuestro esposo como cabeza y de la sumisión a ellos.

Defiende la libertad igualitaria de las mujeres en contra de la afirmación que antecede.

¿Crees tener alguna obligación de ayudar a los menos afortunados? Si tu respuesta es "sí", ¿quién crees que merecen ayuda?

¿Crees que el gobierno tiene un papel legítimo en el proyecto de ayudar a los desafortunados? Justifica tu respuesta

*[Extraído de Schmitt, Richard: *An Introduction to Social and Political Philosophy. A Question-Based Approach*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc., Maryland, 2009, pp. 29-37)*